

El arte de editar

Sealtiel Alatraste

UNO: CIENCIA O ARTE

Siempre he dicho que estudié para editor pero que nunca supe lo que estaba haciendo hasta que terminé mi maestría, o sea, que me matriculé al mismo tiempo en la carrera de Administración de Empresas y en la de Letras Españolas, y después cursé una maestría en Estudios Latinoamericanos, ignorante de adónde me iban a llevar mis propósitos. Nunca imaginé que todos esos estudios me servirían para ser editor hasta el día en que me asocié con Guillermo Schavelzon en la que fue mi primera aventura profesional: la Editorial Nueva Imagen, empresa que terminó en un sonoro descalabro cuando el peso mexicano se vino abajo de forma fulminante en 1982.

No resultaba tan extraño que hubiera decidido ser editor, después de todo, pues mi padre había tenido una pequeña imprenta —*Editora Seal*— que marcó mi educación sentimental. Recuerdo con precisión el día que a mi casa llegó una máquina de offset que papá instaló en la cochera. Yo estaba parado en el pequeño prado que precedía la entrada de mi casa, y por la rampa de un camión de mudanzas vi cómo empezó a descender la impresora rodando sobre un sinfín de rodillos de madera. Poco después la máquina se erguía al centro del garaje y un sacerdote vino a bendecirla. Papá la llamó Mireya, que era el nombre de su esposa (o sea, mi mamá). Dicen que el olor de la tinta no se olvida jamás. Juro que es verdad: nunca he podido olvidar el penetrante aroma que despedía el papel manchado de tinta por la máquina, ni las interminables tardes en que descubrí que si sobre el color amarillo se imprime el azul, ambos se transforman en verde. No miento si digo que descubrí el arcoiris observando cómo, de aquella máquina gris que se llamaba como mi madre, emergían papeles con figuras, letras, dibujos, emblemas, en fin, la parafernalia que nutriría mi infancia.

Pues como digo, no resulta extraño que bajo esta influencia hubiera estudiado, sin darme cuenta, para convertirme en editor. El lector sospechará que si hago esta aclaración es porque soy un hombre que se ha percatado de las motivaciones del resto de cosas que ha emprendido. Sería, en el mejor de los casos, una falsa impresión, pues casi todo en mi vida ha sucedido como la elección de esta vocación: ya que estoy metido en ello, me doy cuenta de que llevo mucho tiempo persiguiendo ideales a los que había prestado, si acaso, una atención distraída.

He traído esto a colación —mis estudios inintencionales— porque cuando supe el nombre del coloquio en que participaría para celebrar el aniversario número ochenta de Carlos Fuentes, *El arte de editar*, recordé mi primera clase de Administración en la recién estrenada Facultad de Comercio y Administración de la UNAM del año 68. Para abrir boca, el maestro Reyes Ponce nos preguntó si creíamos que administrar era una ciencia o un arte. No voy a abundar aquí en que si estudiaba simultáneamente letras y administración, esa pregunta se me clavó en el corazón, y de inmediato me pregunté: “Y tú qué quieres ser, ¿científico o artista, administrador o escritor?”, y que la mentada pregunta me persiguió los años que me pasé estudiando ambas carreras. Para no hacer el cuento largo, resumo: Según Reyes Ponce es las dos, arte porque se necesita destreza, imaginación e inventiva para poder administrar con eficacia; y ciencia porque hay que servirse de instrumentos científicos para tomar las decisiones más adecuadas y fortalecer la destreza innata del administrador. Muchos años después, ya siendo editor, recordé aquella clase cuando me contaron que Siegfried Undsel, uno de los mejores editores literarios de Alemania, alguna vez llamó a un grupo de expertos para que crearan un sistema científico de fijación de precios, que garantizara tanto

que se habían incluido todos los costos como que se podrían obtener buenas utilidades con las ventas de cada título. Una vez que el sistema estuvo listo, se aplicó al primer libro, y cuando le iban a decir a Undsel el precio preciso, éste pidió que esperaran, tomó el libro de marras, vio el número de páginas, lo sopesó y dijo: “treinta y dos marcos”. En efecto, era el precio al que los expertos habían llegado haciendo sumas, restas, divisiones, y asientos contables. Mi maestro Reyes Ponce tenía razón: administrar —editar en este caso— es a la vez un arte y una ciencia.

Hay, sin embargo, un asunto central, el meollo del negocio que le dicen, que no podemos soslayar: ¿cómo hace un buen editor para decidir los libros que edita? Durante muchos años se consideró que un buen editor era aquél que contrataba los mejores autores, en otros que era quien publicaba los libros más importantes (en el sentido de que su contenido era trascendente), últimamente se piensa que es quien vende más, obtiene los mayores beneficios, o agrupa bajo su empresa el mayor número de sellos editoriales.

DOS: LA MEMORIA Y EL MERCADO

Convengamos que la publicación de un libro obedece a dos intenciones, o mejor, satisface dos necesidades:

a) La de lectura, donde implícitamente está la de aprender.

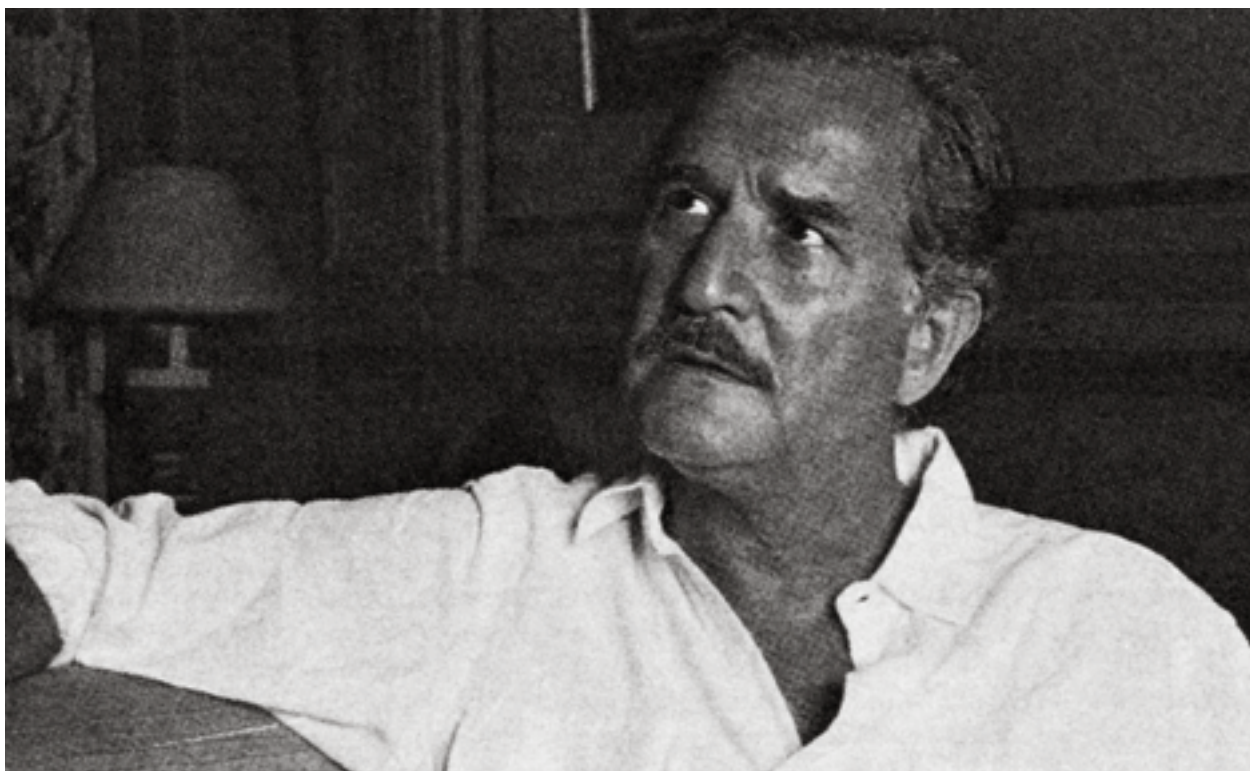
b) La de conservación, la necesidad de preservar la memoria en un libro.

Una editorial pública —principalmente de carácter universitario— debería atender estas dos necesidades,

pero muy principalmente la segunda. Por un lado, deberían observar las necesidades de aprendizaje de su público natural, sus estudiantes, o ver de qué manera colabora para que las atienda la iniciativa privada; pero por otro, sus publicaciones deberían resguardar el conocimiento universal, o al menos todo aquello que produzcan sus maestros e investigadores. El caso de la Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA, famosa a mediados del siglo pasado, es un ejemplo muy ilustrativo, pues en ella se publicaba todo lo que se necesitaba para lograr un mejor nivel académico de sus alumnos, y se publicaron, también, libros imprescindibles que guardaban el conocimiento universal, los que, teniendo o no mercado, debían estar al alcance de un hipotético lector.

Si nos referimos a una editorial privada, se piensa que su objetivo es atender una cierta demanda de lectura. Sea el tipo de libros que publique —literatura, ensayo, científicos o de superación personal— el editor parte de que va a satisfacer una demanda. Elige lo que en su criterio es el mejor libro o el mejor autor pensando que los lectores están esperando que ese título, y no otro, sea publicado. Su problema radica en averiguar —imaginar, intuir, adivinar— cuántos son esos lectores, o sea, tiene que ponerle cifras al mercado. Podríamos decir que gracias a su destreza y experiencia sabe qué libros son buenos o quiénes son los mejores autores, pero necesita instrumentos “científicos” para medir el mercado e incentivar la demanda esperada.

Visto desde la óptica del mercado, los dos tipos de publicaciones están referidas a dos clases de clientes. Las publicaciones que obedecen a la necesidad de conservación de la memoria están dirigidas al mercado de



las bibliotecas; y las otras, las que satisfacen la demanda de lectura, se dirigen al mercado formado por los lectores, cuyos intermediarios o canales de acceso son las librerías. Dicho de otra manera, los lectores acceden a cada tipo de publicación por dos vías diferentes: por las bibliotecas o por las librerías. Esta consideración es muy importante, casi diría que vital, pues de ella depende el tiraje que se haga de los títulos. En el caso de las bibliotecas el tiraje no depende del número de usuarios, pues un libro lo leen varios lectores, no son libros para tener sino para consultar, y el tiraje depende del número de bibliotecas al que se piense acceder. En el otro caso, el de los libros propiamente de mercado, el tiraje sí depende de la evaluación del número probable de lectores.

En cualquier caso ha aparecido un elemento nuevo para medir la efectividad del editor: el mercado, los lectores. Hoy no basta con publicar buenos libros o buenos autores, hay que conseguir lectores para esos libros o esos autores, o ponerlos al alcance de la mano de los lectores vía las bibliotecas, salas de lectura o medios electrónicos, asunto éste que no voy a analizar ahora.

Queda una consideración con la que quisiera terminar esta charla: sea un arte o una ciencia, ¿en qué

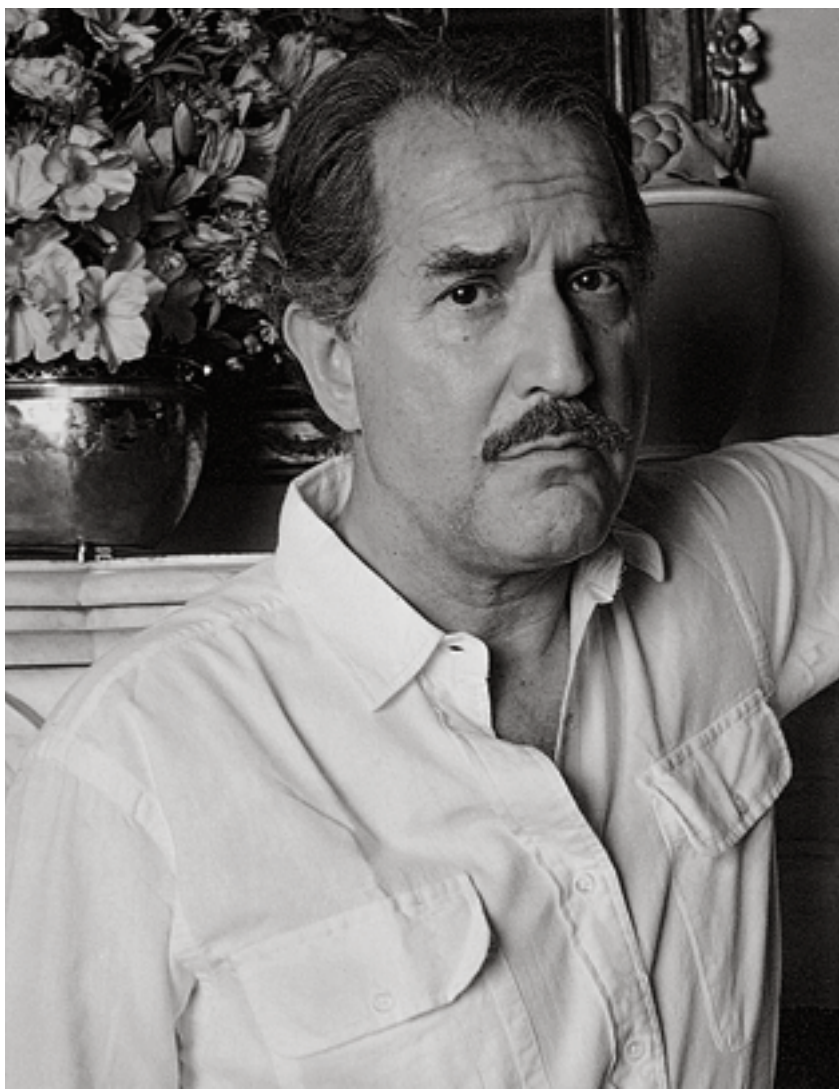
radica el placer de ser editor? No tengo otra manera de contestar más que referir mi experiencia personal.

TRES: EDITAR EL ARTE

Lo que yo suponía el inicio de mi fulgurante carrera literaria coincidió con la lectura de *Zona sagrada*, la novela que Carlos Fuentes publicó en el año 67, bajo el sello de Siglo XXI. Muy aparte de las enseñanzas que derivé de la novela, desde ese momento me volví un furibundo lector de la obra de Fuentes y nunca he podido apartarme del sendero que me han marcado sus lecturas, ni como escritor, ni como lector, y menos aún como editor.

Vi a Fuentes por primera vez cuando llegó al Palacio de Bellas Artes del brazo de Tongolele (la mejor rumbera que ha dado México), para participar en el ciclo de conferencias que se llamó *Los narradores ante el público*. Carlos estaba radiante, magnífico, más que para disertar sobre su obra, parecía estar ahí para inaugurar a ritmo de rumba una nueva época de oro de la literatura mexicana. La leyenda Fuentes había empezado: su figura, su porte, su fama de seductor, apareaban con su prestigio de narrador, su agudeza para construir historias y desvelar los mitos de la sociedad mexicana del medio siglo. Tongolele y Fuentes cifraban el maridaje de la literatura y la vida nocturna: el promisorio futuro de la cultura mexicana.

Después de ese encuentro, no por fugaz menos memorable, vino el *affaire Zona sagrada*. Resulta que en la preparatoria donde yo estudiaba se convocó a un concurso de cuento. Era el año 67, *Zona sagrada* acababa de aparecer y todos los que aspirábamos a escribir la habíamos leído vorazmente. Tengo que confesar que cuando me enteré del concurso, y me puse a escribir mi cuento, no tenía una idea clara de lo que podía ser el mundo literario, sino que al amparo de mi primera imagen de Fuentes me veía entrando a Bellas Artes del brazo de Tongolele, saludando a los periodistas que me retrataban a mansalva. Miguel Carrillo, amigo de aquellos años, me dijo que no me hiciera ilusiones (supongo que con ganar el concurso, no con retratarme con Tongolele, aunque tal vez lo implicaba) pues él obtendría el primer premio. No le creí pero efectivamente lo ganó, y cuando, haciendo de tripas corazón lo fui a felicitar, le pregunté cómo le había hecho si él no escribía nada (era un retratista extraordinariamente dotado pero para mi gusto casi un analfabeta). Me contestó con una frase que, por su eficacia, todavía me conmueve: “Plagió la *Zona sagrada* de Carlos Fuentes”. Ahí mismo, el binomio Carrillo-Fuentes me relegó al segundo puesto, y me dejó con la ilusión de invitar a una rumbera (a cualquiera, para ese momento creo que me habría con-



formado con una tiple del Teatro Lírico) a acompañarme para celebrar mis primeras glorias.

Después vinieron otros encuentros con Carlos Fuentes: la vez que lo escuché leer en la librería universitaria de Insurgentes su prodigioso cuento “El hijo de Andrés Aparicio”; o años antes, cuando no se quién me invitó a la cantina La ópera, donde Fuentes ofreció un coctel en honor de William Styron; o cuando ya siendo editor, brindamos en un aniversario de el Fondo de Cultura Económica por la publicación de *Gringo viejo*. Para este tiempo ya siendo editor, aunque a pesar de mi pasión por sus libros no soñaba con publicarlo. Lo veía como un autor remoto, comprometido con sus editores, y yo todavía me sentía un jovencito que hacía sus pininos en la industria del libro.

Sin embargo, años después tuve la fortuna de encontrarme con él para que acordáramos la publicación de *El naranjo* en la editorial Alfaguara, de la que yo me acababa de hacer cargo. Carlos me había hecho llegar el manuscrito de sus cuentos, y al leerlo sentí que aquella fulgurante carrera que alguna vez había soñado, ahora sí iba a tomar cuerpo. Acabo de decir una mentira, o al menos una inexactitud: desde hacía tiempo venía provocando de varias maneras que esa ilusión fuera tomando cuerpo: entre otras cosas me había tomado la libertad de incluir a Carlos Fuentes, como personaje, en mi novela *En defensa de la envidia*, y vía la interpósita persona de mi tío abuelo, Uriel Eduardo Alatraste (narrador de la novela), me colé a la fiesta en que él ingresó al Colegio Nacional, lo abracé, en página y media nos tomamos juntos varios margaritas, y en su honor deposité en sus manos el futuro de las letras nacionales. Fue una licencia poética, pero muy merecida la tenía, reconózcase que Fuentes (sin saberlo, claro está) se había tomado la licencia, más que poética, de aliarse con mi contrincante literario y derrotarme en el memorable concurso con que se inició mi carrera literaria.

Como dije antes, mi primera aventura editorial se llevó a cabo al frente de la Editorial Nueva Imagen. En ella había empezado a publicar a los autores que admiraba desde joven. Primero fue Mario Benedetti, y después Julio Cortázar. Fue una experiencia deslumbrante, no sólo pude conocer a aquellos hombres que tanto admiraba, sino que empecé a leer sus nuevos libros en manuscrito. Me había vuelto, digámoslo así, el primer lector de los escritores que más admiraba, y sentía que mi vocación se estaba llevando a cabo: me servía de todos mis estudios y una íntima satisfacción —la del lector empedernido— tomaba formas inesperadas. Cuando sufrí la pavorosa quiebra económica que le provocó a la industria editorial mexicana la frivolidad del gobierno de López Portillo, creí que no sólo mi empresa se iba al diablo, sino que se me había ido de las manos una oportunidad que nunca más se iba a presentar. Tuvie-



© Javier Narváez

ron que pasar muchos años, tuve que levantar la editorial desde sus escombros para volver a vivir la emoción de ser editor, el placer que tantas alegrías me había dado: hace exactamente veinte años empecé a dirigir la editorial Alfaguara, y con ello, la oportunidad de publicar a los autores que siempre había admirado volvió a abrirse.

Me tomé la publicación de *El naranjo* no sólo como una deferencia de Carlos Fuentes, sino como un ajuste de cuentas, personal e íntimo, con mis vocaciones de escritor y editor. Recuerdo que presentamos el libro en un bar de mala muerte que estaba en Insurgentes. Tal vez fue la primera ocasión que sacamos la literatura del territorio sacrosanto de las librerías. Aquel bar recordaba el ambiente sórdido de algunos capítulos de *La región más transparente*. El cuento central de *El naranjo* se llama “Apolo y las putas”, y quizá por eso habíamos escogido aquel sitio tenebroso. En algún momento, una amiga se me acercó para decirme que se habían colado varias prostitutas. Eran las habituales del lugar, podía haberle confesado, pero preferí darle otra versión: “Son las protagonistas del cuento de Fuentes”, le dije. Pensé en Carlos tomando del brazo a Tongolele, Gladys García, Rodrigo Pola e Ixca Cienfuegos; recordé mi larga lectura de *Zona sagrada*, y pensé que sí, editar podía ser un arte: el de colaborar con la imaginación del autor para que los lectores vivieran en carne propia lo que sólo está hecho de palabras.